





tos mil soldados acompañados de una flota de cuatrocientos navíos; y la formidable aparición de la media luna delante de la ciudad de Constantino era la abominación de la desolación en tierra cristiana. Entretanto, Mahomet ansioso de la victoria, forma sus campamentos, dispone sus máquinas y coloca sus cañones. Bien pronto enseñoreándose los sitiadores de todas las obras exteriores, baten de cerca las murallas, rellenan los fosos, abren brechas y se preparan á dar el asalto.

Los Griegos, en vez de unirse, se dividen cada vez más como hicieron los Judíos. Los que parecía que aceptaban el dogma católico tocante al Espíritu Santo, son considerados como impios. La gran iglesia de Santa Sofía, que era en Constantinopla lo que el Templo en Jerusalem, como había sido el lugar de reunión de los católicos, "no es para los cismáticos más que un templo pagano, un asilo de los demonios, donde no se deja ni un cirio ni una lámpara. Reinaba en ella oscuridad horrible y triste soledad, imagen funesta de la desolación á que nuestros crímenes la iban á reducir en breve (1)." Tan ciego es el odio de los sitiados ó tan extrema su cobardía, que una ciudad de trescientas mil almas, reducida á tal apuro, no opone al enemigo más defensores que siete mil ciudadanos y dos mil extranjeros.

Este pequeño ejército hace prodigios de valor, como en otro tiempo los sicarios de Jerusalem. Empero su valeroso esfuerzo no logra más que exasperar á Mahomet, como la resistencia de los Judíos no sirvió sino para exasperar á Tito. El puerto de Constantinopla estaba cerrado con una gruesa cadena que hacia inútil á la flota otomana. Mahomet concibió el audaz proyecto de introducir sus navíos en

1. Miguel Ducas., cap. xxxvi.

el puerto haciéndolos subir á lo alto de un promontorio y deslizándolos desde allí sobre maderos ensebados, hasta el pié de los baluartes de Constantinopla. Este trabajo se hizo de noche, y al rayar el día los Griegos estupefactos vieron la armada enemiga dentro del puerto.

A fuerza de rudos combates, Tito se apodera de la primera línea de Jerusalem, y de la segunda, y despues de la tercera, y de la ciudadela Antonia, que estaba unida al Templo por un pórtico. Como ni con esto se rindieran los facciosos, entrega la ciudad al saqueo. Penetran los soldados romanos y cometen toda suerte de horrores; el Templo es reducido á cenizas, no queda piedra sobre piedra y pasa el arado por el solar de la ciudad deicida.

Mahomet, estrechando á Constantinopla por mar y por tierra, anuncia el asalto general para el día 27 de Mayo encendiendo fogatas en todo el campamento. Comienza el ataque el 28 por la mañana; y lo mismo que el de Jerusalem, continúa todo el día y parte de la noche con increíble encarnizamiento. Finalmente el 29 de Mayo, segundo día de la pascua de Pentecostés, á la una de la noche, cae Constantinopla en poder de los Turcos.

De este modo, mientras que la Iglesia latina, piadosamente reunida en sus templos, celebra con júbilo el aniversario solemne de la venida del Espíritu Santo al mundo y droclama altamente que procede del Padre y del Hijo, los Griegos niegan esto blasfemando, quedan aplastados debajo de las ruinas de su capital y reciben sobre su cerviz orgullosa el yugo férreo de la barbarie musulmana.

Donde se ve, que de las dos más espantables catástrofes de que hace mención la historia, la ruina de Jerusalem y el saqueo de Constantinopla, la primera es el gran castigo del crimen cometido contra la segunda persona de la Santísima



Trinidad y la segunda el castigo no menos terrible de un crimen análogo contra la tercera persona de la augusta Trinidad.

Más que los Romanos en Jerusalem hicieron los Turcos en Constantinopla, Como los Judíos rechazados por todas partes se refugiaron en el Templo, así los Griegos viéndose perdidos, acuden á la gran iglesia de Santa Sofia. El Templo y la iglesia fueron teatro de tales horrores, que la historia apenas se atreve á recordarlos en bosquejo. Oigamos, no obstante, á un testigo ocular, que es el mismo cardenal Isidoro, griego de nacion, que nos va á pintar la desolacion de Constantinopla, como otro testigo ocular, Josefo, judío de nacion, fué escogido por la Providencia para transmitir á la posteridad la descripcion del saqueo de Jerusalem (1).

He aquí algunas líneas de su relato: "Habiendo entrado en Constantinopla Mahomet rodeado de sus visires, dos soldados le presentaron la cabeza del emperador Constantino, que mandó clavarla en lo alto de una columna, donde la dejaron hasta la noche. Despues, habiéndola hecho desollar y llenar de paja, la envió como trofeo á los príncipes de los Turcos de Persia y Arabia (2).

No de otro modo Tito, despues de presentarlos en espectáculo á los Romanos, el día de su entrada triunfal hizo degollar en la prision mamertina á Simon de Gioras y á Juan de Giscala, príncipes de los Judíos.

"Despues de haber sido así ultrajado el vencido, Mahomet entra en Santa Sofia, y como si fuera el Dios del Templo se sienta encima del altar en el lugar reservado á Je-

1. El príncipe de la Iglesia salvó su vida por haber vestido con su traje de cardenal un cadáver, al que los turcos le cortaron la cabeza y le presentaron al sultan con el capelo encarnado.

2. *Apud S. Anton., part. hist., c. xiv.*

sus, de quien se proclama adversario. Entretanto, sus soldados han inmolado, hiriendo á diestro y siniestro, á cuantos habia en el templo; y añadiendo á la crueldad el sacrilegio, escupen, rompen y pisotean las imágenes de Nuestro Señor y de su Madre Santísima, de los santos y los mártires. Los Evangelios y demás libros de iglesia los desgarraban. Vistiéndose por burla los ornamentos sacerdotales, profanaban del modo más repugnante los vasos sagrados, las reliquias de los santos y todo lo más venerable que hay en la religion (1)."

Como en Jerusalem y en el Templo, así en Constantinopla y en Santa Sofia todo es abominacion y matanza. Más de un millon de Judíos perecen durante el sitio, y los demás son vendidos como esclavos. Cargados de cadenas, condenados á los trabajos públicos ó reservados para que mueran en los combates de los gladiadores, estos rebaños de deicidas llevan por todo el mundo el espectáculo vivo de la desolacion predicha por los profetas; y por espacio de diez y ocho siglos todas las generaciones ven el cadáver de ese pueblo pendiente en la horca de la justicia divina.

Lo mismo pasa en Constantinopla. Los sacerdotes, los religiosos y religiosas, las mujeres, los niños, los ancianos, todos los que sobrevivieron á la gran catástrofe, vinieron á ser presa del vencedor, y amontonados en los parques, los vendian como un rebaño. Vióse entonces á los príncipes, á los barones y grandes señores, con la cuerda al cuello, llevados como se lleva un mulo del cabestro, guiados á latigazos y comprados por la gente baja que los destinaba á ser gañanes y porqueros (2). La masa de la poblacion es em-

1. *Mingebant, stercorizabant, omnia vituperabilia exercebant. Apud S. Anton., ubi supra.*

2. *Apud S. Anton., ubi supra.*



barcada en las bodegas de las galeras musulmanas, que al momento se dan á la vela en todas las direcciones. Por espacio de largo tiempo los puertos de Asia y Africa ven puestos á la venta en sus horribles mercados largas cadenas de esclavos, que como los Judíos son dispensados á los cuatro vientos para enseñar á todos los pueblos lo que le sucede á una nacion que osa decir al Espíritu Santo: No queremos que reines sobre nosotros, *Nolumus hunc regnare super nos.*

Constantinopla, lo mismo que Jerusalem, fué de tal manera despoblada, que Mahomet, dice el Cardenal, no dejó en ella ni un griego, ni un latino, ni un armenio, ni un judío; *Nullum incolam intra reliquerunt, non Græcum, non Latinum, non Armenum, non Judæum.*

Así se cumplió en el griego deicida de la tercera persona de la Santísima Trinidad, la amenaza lanzada y ejecutada contra el Judío, deicida de la segunda. "No serviste al Señor, Dios tuyo, con gozo y alegría de corazón en la abundancia de todos los bienes: servirás al enemigo que el Señor enviará contra tí, con hambre, y con sed, y con desnudez, y con todo género de carestía, y pondrá un yugo de hierro sobre tu cerviz hasta que te desmenuce, traerá el Señor sobre tí una gente de lejos, á semejanza del águila que vuela impetuosamente, cuya lengua no puedas entender. Gente en extremo procaz, que no respetará al anciano, ni se compadecerá del niño; y devorará el fruto de tus bestias y los frutos de tu tierra, y no te dejará trigo, ni vino, ni aceite, ni manadas de vacas, ni rebaños de ovejas, hasta destruirte y desmenuzarte en todas tus ciudades, y hasta que sean derribados tus muros fuertes y altos en que ponías tu confianza (1)."

1. Deuter. xxviii, 48.

Desde que se cumplió literalmente esta amenaza divina, viven los griegos bajo el yugo tiránico de sus vencedores. Hoy mismo, despues de cuatro siglos de humillaciones y castigos, este pueblo tiene ojos y no ve, como el judío tiene orejas y no oye, tiene memoria y no se acuerda de nada, tiene entendimiento y no comprende la leccion formidable que Dios le da en castigo de su obstinada rebeldía contra el Espíritu Santo.

¡Naciones de Occidente! ¡Plega á Dios que esta leccion no sea perdida para vosotras! Tal es el deseo que formulamos al terminar una obra, en el que se pone de manifiesto la accion permanente y soberana que desde el principio de los siglos han ejercido sobre el linaje humano el Espíritu del bien y el Espíritu del mal. Al ver cuán caro cuesta el pecado contra el Espíritu Santo, aprendamos á ordenar nuestros pensamientos y nuestros temores. Ante el espectáculo actual de la corrupcion de las costumbres, de la fascinacion que hoy más que nunca producen las bagatelas y del olvido, por demás general, de los deberes más santos, temblemos por lo que nos espera; pero temblemos sobre todo al pensar que es tan comun el pecado contra el Espíritu Santo.

¡Ojalá que los gobernantes, más aun que los gobernados, tomen seriamente en cuenta la sentencia pronunciada por el legislador supremo contra los que blasfeman del Espíritu Santo, y no olviden que esta sentencia, inmutable como la verdad, permanece suspendida sobre la cabeza de las sociedades que imitan ó toleran á esos blasfemos!

¡Ojalá que tanto en la vida pública como en la privada, tengan muy presente que el hombre, mientras vive en este mundo, está colocado en la alternativa ineludible de vivir debajo del imperio del Espíritu del bien ó de sufrir la tira-



nía del Espíritu del mal; y que el primero es el Espíritu de vida, vida intelectual, vida moral, vida social, vida eterna; y el segundo es Espíritu de muerte, y como contraposición adecuada del Espíritu de vida, produce la muerte bajo todo aspecto; á los individuos, la muerte eterna á que los arrastra por el camino de la iniquidad, la afrenta y la servidumbre; á las naciones, que no pueden ir en cuerpo al otro mundo, la muerte social á que las conduce con catástrofes inevitables.

En resumen: PERDIDO EL MUNDO POR EL ESPÍRITU DEL MAL, NO SE SALVARÁ SINO POR EL ESPÍRITU DEL BIEN.

¿Le queda todavía entendimiento bastante para comprenderlo? Dios lo sabe. Nosotros lo que podemos decir es, que un solo poder es capaz de hacer entender esta verdad capital á los sordos coronados y á los pueblos materializados y distraídos. Ese poder es el clero, pero el clero obrando en la plenitud de su fuerza y de su libertad.

Solo el clero tiene palabras que puedan curar así á los reyes como á los súbditos, y las tiene todas las que son capaces de curar; porque solo él tiene las palabras de vida, todas las palabras de vida. Sí, como no podemos dudar de ellos al valor que no le falta para el cumplimiento de sus deberes agrega el conocimiento de los tiempos, verá que la lucha actual, lucha encarnizada que se extiende á toda la faz de la tierra, es ya de la negación absoluta contra la afirmación absoluta, entre el catolicismo del mal y el catolicismo del bien, entre Satanás y el Espíritu Santo que combate, digámoslo así, en persona, y cuerpo á cuerpo al frente de sus ejércitos por la victoria suprema y definitiva.

Plegue al cielo, que ante este espectáculo, el más solemne de la historia, el celo del clero, como el de San Pablo á

vista de la idolatría de Atenas, se inflame con nuevos ardores. El clero, soldado inteligente pero mal comprendido no se desanimará, ni por la imposibilidad moral de la empresa, ni por las burlas del mundo, ni por la apatía de los falsos hermanos.

Los pescadores de Galilea ¿no se atrevieron con César y los bárbaros? Por más que fueron perseguidos y deshonrados, ¿no los vencieron? ¿No vió Satanás rodar sus altares por el suelo desde lo alto del Capitolio para dar lugar al Dios del Cenáculo? No se ha acertado el brazo del Omnipotente. Por otra parte, para los católicos, ahora seamos sacerdotes, ahora simples fieles, la lucha no es cosa de supererogación, ni materia de cálculo, es un deber. Cualquiera que sea la suerte futura de las sociedades, habremos logrado formar, ó nobles vencedores ó nobles víctimas.

Sea, pues, de hoy en adelante, predicado en todas partes el Espíritu Santo para que vuelva á ocupar en la vida de las naciones el lugar que le es debido y que nunca debió perder; y su culto, harto tiempo olvidado, florezca otra vez en las ciudades y en los campos, y en los labios de todos los católicos del siglo diez y nueve sea frecuente, como la respiración, la oración ferviente del real profeta: "Enviad vuestro Espíritu, y todo será creado; y renovareis la faz de la tierra: *Emitte Spiritum tuum et creabuntur, et renovabis faciem terrae.*"

Así, y solo así, se salvará el mundo.

FIN DEL SEGUNDO Y ÚLTIMO TOMO.